

# EL TEJO ERMITAÑO



~ Simbiosis

A 14 de abril del 2024

Recuerdo con sumo detalle aquella mañana del 14 de abril. Me sentí profundamente enfermo, pero no enfermo de fiebre o tos, sino enfermo por dentro, como en el alma, en el sentido de existir. Sin tener muy clara la causa, y menos aún el remedio, salí en busca de una medicina.

Era un domingo de primavera. Un sol radiante animaba a darse un paseo por la naturaleza, así que cogí el coche y puse mi intuición como GPS.

El rumbo me llevó a un valle conocido por mis antepasados y reconocido por mí. Subí por una pista forestal hasta donde el camino me permitió y aparqué el coche ahí. Desde allí me encaminé al sendero primigenio, ese que conduce hacia el tejo centenario que mi abuelo y tantos otros ancestros y paisanos habían caminado antes que yo. Era para mí un camino que hacía mucho tiempo que no visitaba, pero que en otro tiempo había sido tan recorrido como sagrado. Enseguida me invadió una sensación de conexión pura con todo el entorno que allí me rodeaba. Creo saber que ésta es una sensación que todo ser humano tiene en su ser más profundo y de la cual no se puede desprender jamás, aunque la mayoría del tiempo permanezca oculta detrás del traje de ciudadano trabajador los días de diario, o ignorada por el rol del consumidor los fines de semana.

Un claro en el frondoso camino desveló al prominente árbol. La serenidad del tejo emana una presencia sutil, pero potente. Al verlo, es como si viniera un brazo etéreo desde él y te diera una palmada en la espalda del alma, con el resultado instantáneo de colocarte en tu centro y ponerte firme por dentro. Aquél día la sincronicidad causal o inocente del universo había querido que yo me fijase en el rastro excremental de un zorro, probablemente comensal habitual de los frutos del susodicho tejo. Las heces marcaban un sendero que atravesaba un muro en el cual yo no había reparado antes y mi curiosidad me animó a seguirlo.

El camino hacía tiempo que no había sido transitado y la maleza no facilitaba su paso. Por fin, se abrió un poco la ladera y pude vislumbrar una ermita en lo alto de ella. El sitio tenía algo para mí, algo que esas piedras ahora vestidas de verde hiedra habían estado guardando durante siglos de solitaria solidez. Me acerqué a la entrada sin dudar, la puerta de madera maciza estaba deteriorada, pero se abrió después de un par de empujones. La habitación era larga y diáfana, el tejado se mantenía aparte de algunas goteras, los muros estaban descoloridos pero estables, aún había algunos muebles litúrgicos disponibles para su uso y un hogar en un habitáculo que seguramente servía de alcoba. En la pared unas letras en latín que decían “*Ego sum Alpha et Omega*” (Yo soy el principio y el fin).

Mi padre vino a la ciudad desde el pueblo buscando una mejor vida e independencia de lo que su vida familiar le permitía. Comenzó trabajando en una nueva fábrica de cerillas recién inaugurada de Sabinánigo y alquiló un piso en una urbanización moderna de las afueras. Yo me crié en los albores de esa ciudad de muy reciente y rápida urbanización. Al terminar el instituto, enseguida me puse a trabajar, lo cual me permitió emanciparme y ahorrar un poco. Pero realmente poco. Casi sin darme cuenta me había pasado los últimos cinco años trabajando en una fábrica de metal, pero después de la jornada laboral solo tenía ganas de ver

televisión o acercarme al bar a distraerme con una cerveza. Nunca había tenido la mente con espacio libre para llenarlo de algo nuevo.

Convertí la ermita en mi casa de domingos de retiros una vez al mes, al año siguiente pasé una semana santa entera allí y para ese mismo año decidí a partir del verano dejar mi trabajo y hacer de ella mi morada temporal. Poco a poco fui adecuando el espacio, creé un dormitorio, arreglé los muebles que necesitaba y quemé el resto. Debajo de la ermita había un manantial cercano del cual emanaba abundante agua todo el año y me acercaba allí a coger agua para beber. Pero también dedicaba mucho tiempo a la meditación, a la lectura y la escritura.

Recobré la ilusión de crear que había perdido en mi infancia. En la naturaleza es más fácil crear vida. Y también satisfacer las necesidades de uno utilizando el ingenio y los materiales cercanos, sobre todo cuando tienes mucho tiempo, pero ninguna tienda cercana a la que acudir. Desarrollé un sistema de recogida de agua de lluvia para poder tener agua almacenada y comencé a plantar un pequeño huerto en la parte trasera de la ermita. Y empecé a visualizar la idea de reconstruir la antigua casa de mi abuelo en el pueblo al fondo del valle.

Aquella idea de vivir en lo rural me había rondado en la cabeza desde que era un crío e íbamos a visitar a mis abuelos al “pueblito”, como así lo llamábamos. Mi abuelo no se quiso separar de su casa de piedra y losa hasta el último día. Aquel día llegó cuando todos los otros vecinos aceptaron el pago por la cual el Estado expropiaba el pueblo y mi abuela le dijo que, o aceptaba él también o se quedaría solo en el pueblo. Él y mi abuela se fueron a vivir a la residencia, pero yo sé que parte de su vida se quedó en aquellos muros de piedra.

Hoy el pueblo está invadido por el bosque y cuesta distinguir las casas desde la lejanía, y las calles se han hecho intransitables por culpa de las zarzas. Muchas estructuras habían caído pero la materia prima seguía ahí. La gente de antaño había picado esas piedras de la montaña, las había traído hasta ahí y había construido grandes casas con poco más que sus propias manos. ¿Cómo no íbamos a poder nosotros, con todos los medios del siglo XXI a nuestro servicio, hacer lo mismo?

Comencé limpiando el camino principal hasta la plaza e hice un mapa de todas las edificaciones. Pronto me di cuenta de que aquello no se había levantado con tecnología avanzada de última generación, o mediante la interacción con una inteligencia artificial; sino con un amplio conocimiento del territorio, de los materiales y de la construcción y, sobre todo, con muchas manos.

Necesitaría más gente para dar vida de nuevo a aquel lugar, así que decidí que ya era momento de volver a la ciudad. Hice una convocatoria animando a la gente a venir y visitar el lugar, explicando el proyecto, la historia y las oportunidades de repoblar el antiguo pueblo de mi abuelo.

Con el primer grupillo que se forjó reconstruimos la escuela del pueblo, que era la que en mejor estado se encontraba, y la convertimos en la casa común. Después fuimos poco a poco pasando a otras casas y ampliando espacios. Hay una sensación de *déjà vu* un tanto extraña cuando reconstruyes una casa que personas atrás construyeron con los mismos materiales. Es como si sintieras las manos de los antepasados que colocaron esas piedras en esos muros y te ayudaran a ponerlos de nuevo en su sitio, la sensación de ser la reencarnación de un anónimo campesino que puso allí esa misma piedra.

Pero el mayor desafío no era el trabajo físico. La convivencia, el trabajo grupal, era algo a lo que apenas me había enfrentado antes. Mi educación había sido más bien individualista, me habían instruido para pensar en mí, en cómo desenvolverme yo solo en una sociedad igualmente individualista, en atender mis propias necesidades o usar el dinero para cubrirmelas. El reto ahora era aprender a ser interdependientes. Allí dentro del pueblo el dinero servía de poco y tus compañeros eran todo lo que tenías para cubrir tus necesidades y las del conjunto. Pasar de individuo a colectivo, de sociedad a comunidad.

Hay otra fecha que jamás podré olvidar: 19 de agosto. En pleno verano, hacía cuatro semanas que no caía ni gota y el monte era un polvorín. No teníamos mucha agua, así que teníamos que racionarla y hacer turnos para regar las huertas. Dicen que fue de algún cigarrillo tirado desde un vehículo, aunque es difícil saber la causa real. Fuera como fuere, el fuego prendió la pinaza del suelo y las llamas ascendieron con el calor a gran velocidad. El incendio creció rápidamente gracias al combustible del denso bosque de pinos, que poblaba el monte, y en poco tiempo había un foco cerca del pueblo. Nos organizamos para defender nuestras casas, cogimos cubos y mantas y corrimos a sofocar las llamas más próximas. El cielo se tornó gris ceniza, el horizonte rojo y el aire se volvió cada vez menos respirable. Era arriesgado acercarse, pero no podíamos abandonar lo que nos había costado toda una vida construir. Hicimos todo lo que pudimos, aún así el fuego seguía avanzando. En un golpe de fortuna inesperado el viento cambió de dirección y se detuvo en su avance hacia el pueblo. Fue justo antes de llegar al tejo mágico. No sé qué hubiera sido de mí si el viento no hubiera cambiado en el último momento. Sentí que si el pueblo se quemaba, se quemaba mi vida con él.

Hoy es 14 de abril otra vez. Ya hace veinte años de aquel incendio y cuarenta desde mi primera visita al tejo centenario. Nuestra generación de repobladores crió aquí a sus hijos que crecieron y siguieron con el proyecto. El tejo apenas ha crecido unos metros más, pero yo sigo notando su amparo sobre el pueblo. Ahora hay niños por las calles, animales en los corrales y verduras en los huertos. Ojalá mi abuelo pudiera ver este paraje como lo conoció lleno de vida de nuevo, otra vez.

Ahora soy yo “el abuelo”. Me he hecho mayor, incluso aún más, diría que ya tengo edad para jubilarme, que para mí aquí es vivir rebosante de júbilo.